

David BRADING: *Una iglesia asediada: el obispado de Michoacán, 1749-1810*. México: Fondo de Cultura Económica, 1994, 304 pp.

“El desencanto” del mundo: la Nueva España y en ella el Gran Michoacán no pudo escapar a este capítulo de la historia de la “modernidad” occidental. La Iglesia católica fue efectivamente asediada en esta segunda mitad del siglo XVIII, tanto en Europa como en América, tanto por fuera como por dentro. Por fuera, por el Estado regalista en sus versiones galicianas, josefistas, revolucionarias o napoleónicas; por dentro, por un clero secular, encabezado por sus obispos (“mis prefectos color violeta”, decía Napoleón), empeñado en acabar con las órdenes religiosas masculinas, con la vida monástica y con esa cultura religiosa barroca, postridentina, capaz de lanzar un puente ancho y firme entre la fe de las élites y la del pueblo.

David Brading no disimula, desde la primera página con una dedicatoria en latín y una cita de san Agustín, su profunda simpatía por ese mundo encantado que hemos perdido. Admira “el carácter dinámico del catolicismo barroco en la Nueva España durante los primeros decenios del siglo XVIII” (p. 10). Al meditar, al final de su libro, sobre las trágicas muertes de Abad y Queipo y de Hidalgo, sobre “el destino común de una generación de sacerdotes ilustrados que vieron sus proyectos de reforma superados por las fuerzas desencadenadas por el desplome de la monarquía española”, afirma que “el hecho de que ambos fuesen entonces más impelidos por el entusiasmo patriótico que por el compromiso religioso mostró la brecha que los separaba del ascetismo religioso y la dedicación pastoral que caracterizaron a los mejores miembros del clero mexicano durante los primeros decenios del siglo XVIII” (p. 282). No se puede ser más claro en sus simpatías. Brading se esfuerza en ser justo con los obispos Sánchez de Tagle y fray Antonio de San Miguel, con Abad y Queipo e Hidalgo; sin embargo, no disimula su preferencia, su admiración por los jesuitas y los franciscanos, por Espinosa, el fundador del oratorio de San Miguel, por Alfaró, el fundador del santuario de Atotonilco dedicado a Jesús Nazareno y de las llamadas Escuelas de Cristo, hermandades dedicadas a ayudar a los pobres, visitar a los enfermos, enterrar a los muertos y hacer penitencias y plegarias personales. Brading señala, como hace con muchos de sus héroes, las hazañas ascéticas de Espinosa: dormía sobre estereras de cuero, ayunaba, se ponía cilicios, se azotaba hasta san-

grar, y a veces dormía en un ataúd (como ciertos monjes del monte Atos, según lo señala hoy Jean Lacarrière). “En un particular acto de abnegación, usaba unas gafas de color verde para que el mundo siempre le pareciese opaco e incoloro” (p. 56). Admira también a Juan Benito Díaz de Gamarra, brillante intelectual y valiente oratoriano, quien no dudó en pelear rudamente contra el obispo Rocha. “La unión de Alfaro y de Díaz de Gamarra dentro del oratorio de San Miguel muestra el carácter complejo, si no contradictorio, del catolicismo mexicano del siglo XVIII. Mientras que el fundador de Atotonilco encarnó la forma más austera del ascetismo, pasando sus días en el confesionario y en el púlpito, por contraste el rector de San Francisco de Sales se esforzó por lograr la renovación intelectual de la Iglesia mexicana. Lo que unió a ambos fue su dedicación al ministerio sacerdotal [...] La presencia de talentos tan diversos dentro de una sola institución muestra la vitalidad extraordinaria del oratorio de San Miguel, que durante esta época se encontró entre las expresiones más originales de la Iglesia mexicana” (p. 76).

Entre estos “atletas de Dios”—así llamaban los antiguos a los ascetas de la Tebaida y de otros desiertos del Medio Oriente—Brading cuenta a las santas mujeres, monjas carmelitas y capuchinas por un lado, y a las beatas por el otro. “Aunque el surgimiento de beateríos¹ a menudo no fue registrado por sus contemporáneos, estas pequeñas comunidades de mujeres piadosas no fueron más que la primera ola de lo que sería una marejada de vocaciones femeninas a finales del siglo XIX” (p. 114). Las beatas no pronunciaban votos solemnes, no llevaban dote y trabajaban para mantenerse. Vivían en sus comunidades y se dedicaban a la educación para ganarse la vida, por lo que tuvieron un papel decisivo en la alfabetización femenina en el siglo XVIII. El hecho de que tantos grupitos de mujeres piadosas hubiesen logrado crear escuelas indica la vitalidad de estas iniciativas locales.

Aquí termina la primera parte del libro de Brading, la parte positiva, la parte feliz. Aquí sobresalen el dinamismo y la creatividad del catolicismo barroco encarnado por las misiones jesuítas, los colegios franciscanos de “propaganda fide”, el oratorio de

¹ El tipógrafo escribió siempre “beatería”, pero fue error de Brading, en el original en inglés. Según el diccionario Moliner, beatería es “religiosidad afectada, exagerada, falsa” mientras que “beaterio” es la casa en que viven beatas en comunidad.

San Miguel el Grande, los beaterios.² La expulsión de los jesuitas en 1767 (capítulo I) y la secularización (capítulo IV) a partir de 1749 de las parroquias administradas por los franciscanos, dominicos y agustinos, anuncian el desastre. En ambos casos “el rudo golpe asestado a la vez a los intereses creados y al sentimiento institucional se sintió más aún por la manera brutal en que se aplicaron” las medidas (p. 77). La secularización, según lo mostró William Taylor, para la Nueva Galicia, constituyó un rompimiento en la historia de la Iglesia en México y, con la expulsión de los muy populares jesuitas, preparó el terreno para la insurgencia de 1810. Precisamente cuando “en todos los niveles de su variada existencia la Iglesia mexicana experimentaba así una intensificación de su vida cristiana” (p. 32), vino la embestida por parte del Estado reformador borbónico.

En la línea de Nancy M. Farriss, *Crown and Clergy in Colonial Mexico, 1759-1821*. Londres, 1968, Brading demuestra que “en todos los niveles, la Iglesia mexicana sufrió un asalto sin precedente, iniciado por ministros y funcionarios que se jactaban de sus ideas ‘ilustradas’, mostraban una creciente envidia a la riqueza del clero y temían su influencia sobre los fieles” (p. 21). En España, muchos de esos hombres se unieron a Bonaparte para completar su “reforma” de la Iglesia, cerrando conventos y confiscando bienes. Por esta razón la Iglesia popular desempeñó un papel tan importante en la resistencia a los franceses “enemigos de Dios”. Por eso, “en la Nueva España los principales clérigos de la diócesis de Michoacán llamaron a sus fieles a rebelarse contra las autoridades de la colonia”, que consideraban vendidas a Bonaparte. “Su papel en la insurgencia sólo se puede explicar como reacción al prolongado ataque a los privilegios, la jurisdicción, la riqueza y los ingresos de la Iglesia mexicana” (p. 21).

Ese ataque, descrito en la primera y la tercera partes del libro, fue apoyado hasta 1780 por los obispos y los cabildos de sus catedrales, encantados de deshacerse de sus colegas y rivales, las órdenes religiosas, expulsadas de sus iglesias y conventos. Carlos III jamás se habría atrevido a expulsar a los jesuitas de no contar con el apoyo de un fuerte bando dentro de la Iglesia española. El clero “ilustrado” dentro de la Iglesia española juntó, como en Francia y en Italia, a “fanáticos, moderados y simples oportunistas, unidos tan sólo por su rechazo de la cultura espiritual e inte-

² BRADING publica al mismo tiempo: *Siete Sermones Guadalupanos*. Selección y estudio introductorio. México: Condumex, 1994.

lectual del catolicismo barroco postridentino. Si los jesuitas fueron atacados con tal furia, fue por haber aplicado su formidable talento para defender las doctrinas escolásticas, fomentar las devociones populares como la del Sagrado Corazón de Jesús, y construir iglesias suntuosamente decoradas” (pp. 24-25).

Un tiempo esos clérigos jansenistas fueron aliados de los abogados monarquistas. Cuando se dieron cuenta, después de 1780, de que el Leviatán no iba a tolerar rivales en sus dominios y que por más leal que le fuese la Iglesia, la consideraba como rival, era demasiado tarde. A partir de entonces, y en México hasta 1926-1938, la Iglesia se encontró sometida a reiterados ataques de los ministros y funcionarios de los reyes y de sus sucesores, los presidentes del México independiente.

Desilusionado, el clero perdió su tradicional lealtad a la monarquía española, que sólo veía en la Iglesia un rico botín. Después de “la insensatez de la aplicación forzosa de la Consolidación” (p. 253), el clero dejó de ser “una clase del Estado que por sus máximas fundamentales y por su propio interés jamás se separa de su Rey y Señor” (palabras del obispo de Puebla en 1799, p. 147). Los reyes y sus ministros no oyeron la advertencia de Lizana y Beaumont, arzobispo de México: “Los americanos han sido y son fieles a Dios y al Rey por medio principalmente del clero [...] el que tiene los curas tiene las Indias” (1809, p. 149).

Esa política no solamente acabó con la alianza tradicional entre el sacerdocio y el imperio, sino que enajenó a los pueblos. La devoción popular, fruto del catolicismo barroco, estaba estrechamente relacionada con las órdenes religiosas y las cofradías, con una religiosidad festiva y demostrativa que rebasaba las fronteras clasistas, étnicas y sexuales. La secularización de las parroquias y la expulsión de los jesuitas fueron prolongadas por la difusión del estilo neoclásico en oposición al churrigueresco (1730-1790), que provocaba el gozo y la devoción de las masas. De manera concomitante ministros y funcionarios se lanzaron contra las cofradías, “meollo mismo del catolicismo postridentino, una cultura religiosa que había logrado enrollar a los laicos en demostraciones públicas de su fe y en el mantenimiento de la liturgia con toda pompa y esplendor” (p. 153).

En unas páginas admirables dedicadas a la devoción, Brading exalta una cultura capaz de integrar al pueblo, y toma partido contra el Estado y el clero jansenizante que pretende “depurar-lo” todo. La creciente fisura ante la opinión clerical de una Igle-

sia depurada de sus órdenes religiosas y la religión popular quedó ilustrada en Silao, donde, en 1793, el obispo San Miguel prohibió la procesión de las imágenes durante la Semana Santa (p. 188).

Es posible reseñar el libro de Brading en todos sus aspectos. Después de sus *Mineros y comerciantes* y *Haciendas y ranchos en el Bajío*, es el último volumen de su trilogía sobre el México borbónico. Empezó por la economía y el subsuelo hace 30 años y termina hoy con la religión y el cielo; entre tanto, encontró el tiempo de elaborar una gran síntesis americana con su *Orbe indiano* (1991). Desde 1980 le venía preocupando el tema de la Iglesia. Recuerdo haberle oído una fabulosa ponencia, en Zamora, en 1980, sobre las fiestas populares (Segundo Coloquio de Antropología e Historia, El Colegio de Michoacán). En 1981 publicó, en el número 5 de *Relaciones*, "El clero mexicano y el movimiento insurgente de 1810" y en 1983 "Tridentine Catholicism and Enlightened Despotism in Bourbon Mexico", en *Journal of Latinamerican Studies*, 15. Hoy cumple con las promesas de entonces. El resultado de su inmersión en los archivos eclesiásticos de Morelia es un libro en tres partes y doce capítulos que trata, de manera estratégica, los siguientes puntos esenciales: el clero regular y su liquidación; el clero secular, su reclutamiento, sus finanzas, sus relaciones con la gente y la religión popular; en la tercera parte, examina el cabildo y el obispado de Valladolid, con un estudio sistemático de las finanzas de la Iglesia. El libro concluye con un estudio de la vida y los escritos de Abad y Queipo, último obispo español y amigo de Hidalgo.

La tesis es clara: lo extraordinario de los últimos años de *pax* hispánica fue el grado en que la corona intervino sistemáticamente en todos los ramos de la vida eclesiástica. Ya no consideraba a la Iglesia como principal pilar de su autoridad sobre la sociedad. Veía en ella un obstáculo al desarrollo económico, un freno a su poder y un rico botín. "Cuando algunos de los miembros principales del clero de Michoacán surgieron como jefes de la insurgencia de 1810, con ello señalaron la ruptura final de la tradicional alianza entre la Iglesia mexicana y la Corona española" (p. 253).

La posición del autor no es menos clara. No está lejos de decir, como León Bloy, que el clero santo hace al pueblo cristiano, el clero cristiano hace al pueblo honesto y el clero honesto hace al pueblo incrédulo. En la gloriosa línea de los peregrinos católicos ingleses, David Brading no tiene miedo de ir contra la co-

rriente. Reflexionando sobre los finales trágicos de Hidalgo y Abad y Queipo, exclama: "¿No lamentaría haber dedicado tan grande parte de su vida a los asuntos públicos? ¿No temería haber traicionado su vocación de sacerdote?" Si hubiese conocido bien las obras de Shakespeare, sin duda habría hecho eco a la lamentación del cardenal Wolsey: "de haber servido a mi Dios con sólo la mitad del celo que he puesto en servir a mi rey, no me hubiera entregado éste, a mi vejez, desnudo, al furor de mis enemigos".

Jean MEYER

Centro de Investigaciones y Docencia Económica

P. S. El libro de Brading plantea una vez más el eterno problema de traducción: no basta conocer dos idiomas; hay que conocer el tema. La edición está llena de pequeños errores de fechas que no dejan de ser irritantes: 1911 en lugar de 1991, 1804 como fecha de la usurpación francesa en España, etcétera.

Gisela von WOBESER: *El crédito eclesiástico en la Nueva España, siglo XVIII*. México: Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.

Esta publicación de la doctora Gisela von Wobeser constituye la interpretación más completa e informada hasta el momento sobre la contribución del crédito eclesiástico a la economía y sociedad novohispanas, particularmente en la ciudad de México, a finales de la colonia. Otros trabajos pioneros de la misma autora sobre el tema, citados muchas veces por los especialistas, han preparado el camino para este valioso tratamiento de aspectos técnicos de difícil interpretación histórica. El lector no especializado cuenta por fin con una síntesis elegante, organizada y totalizante que da sentido al fluctuante rol financiero de las instituciones eclesiásticas en la época colonial. El especialista también se ve beneficiado por la abundante información, proveniente de una investigación monumental presentada en 53 cuadros colocados al final del diáfano e ininterrumpido texto analítico.

El libro nos explica que las instituciones eclesiásticas complementaron sus ingresos y rentas ordinarios (diezmos, aranceles, salarios y limosnas), con el importante rubro de donaciones (bienes